

Mover el alma: las emociones en la cultura cristiana (siglos IX-XIX).

Una reflexión personal

María Rosa FERNÁNDEZ PEÑA
Madrid

- I. Introducción.**
- II. La emoción en la escultura: el Cristo del Desamparo.**
- III. La emoción en la pintura: Descendimiento de la Cruz.**
- IV. La emoción de la música: conciertos en el monasterio de El Escorial.**
- V. La emoción en la poesía.**

I. INTRODUCCIÓN

Me ha parecido muy hermosa la elección del tema para este Simposium del año 2022. Las emociones son un estado de ánimo que nos hace más humanos, son las que aceleran los latidos del corazón, se instalan en nuestro cerebro y lo inundan y, en algunas ocasiones, hasta hacen brotar las más sinceras lágrimas de nuestros ojos.

Analizando los motivos que me han llevado -y me llevan- a emocionarme dentro de nuestra cultura cristiana, he descubierto que la escultura, la pintura, la música y la poesía son las que más profundamente me conmueven. Así que voy a intentar evocar al menos un ejemplo de cada una de estas manifestaciones.

II. LA EMOCIÓN EN LA ESCULTURA: EL CRISTO DEL DESAMPARO

Entre las numerosas esculturas de Cristo crucificado *El Cristo del Desamparo* del escultor granadino Alonso de Mena (1587-1646), maestro de Alonso Cano y padre del gran Pedro de Mena, es una de las que más me emociona. La imagen está hecha en madera de cedro sin pintar, salvo la sangre.

La inmensa soledad, el dolor y el desamparo que efectivamente transmite, pero también el imaginar la infinidad de ruegos y súplicas que en su larga historia tantos fieles le habrán dirigido, poniendo toda su esperanza en él, siempre me conmueve. Vamos a conocer su historia.

Desde los inicios del siglo XVII en el espacio del Paseo de Recoletos, que hoy ocupan la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico, se encontraba el convento de los Agustinos Recoletos, que se concluyó en 1620 y que es el origen del nombre del actual Paseo de Recoletos.

En su rico interior destacaba la Capilla dedicada a Nuestra Señora de Copacabana, que albergaba una copia de la imagen de la patrona de Perú (y al parecer también de Bolivia) traída a España por fray Miguel de Aguirre en

noviembre de 1662. El exterior de la capilla se decoró con pinturas de Herrera el Mozo y de Juan de Arellano, y el camarín de la Virgen con obras de Lucas Jordán, El Greco y Luisa Roldán «La Roldana».

Pero también albergó esta capilla desde 1647 y por disposición testamentaria de su anterior propietario, don Francisco Ramírez Freyle y Arellano, corregidor de Madrid, la imagen del Cristo del Desamparo de Alonso de Mena (Granada 1587-1646).

Se cuenta que Alonso de Mena se confesaba y comulgaba todos los días que trabajaba en ella. Tardó dos años en finalizar este encargo que le hizo Ramírez Freyle y Arellano cuando era corregidor de Granada. En 1646 y al poco tiempo de finalizar su obra Alonso de Mena falleció.

Cuando el citado corregidor fue trasladado a Madrid dispuso que el Cristo viajara con él, dentro de una gran caja a hombros de sus criados, y que en los descansos de la marcha se colocase en un altar portátil. En su testamento Ramírez Freyle, fallecido en 1647, lo cedió, como ya hemos dicho, al Convento de los Agustinos Recoletos. Al Cristo del Desamparo también se le conoce como el Cristo de los «7 reviermes», que es el número de viernes en que hay que pedirle la gracia deseada.

En 1658 fray Lorenzo de San Nicolás, arquitecto y agustino recoleto, solicitó aprobación para fundar la Cofradía del Santísimo Cristo del Desamparo que aún perdura en nuestros días bajo el nombre de *Pontificia, Real, Ilustre y Primitiva Archicofradía de Indignos Esclavos del Santísimo Cristo del Desamparo*.

Cuando el convento fue desamortizado la imagen fue a parar, como tantas otras, al antiguo convento de los Trinitarios Calzados, situado en la actual Plaza de Jacinto Benavente, más o menos en el espacio que ahora ocupa el Teatro Calderón. Aquí se albergaron las obras del Museo Nacional de Pintura y Escultura y de numerosas iglesias y conventos desamortizados. En 1897 todo el edificio en muy mal estado fue derruido.

Pero años antes, en 1836, la venerable imagen del Cristo del Desamparo ya se había trasladado a la iglesia parroquial de san José, en la calle de Alcalá número 43, donde hoy está situada en el crucero, en el lado del evangelio, y tiene a cada lado dos esculturas en madera de ángeles orantes, realizadas por Ricardo Bellver y, a sus pies, un busto de la Virgen Dolorosa atribuido a La Roldana.

III. LA EMOCIÓN EN LA PINTURA: DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

Roger van der Weyden (1400-1464) llegó a ser la figura más importante de la pintura flamenca a mediados del siglo XV. Instalado en Bruselas fue nombrado pintor oficial de la ciudad. En sus cuadros concede auténtico protagonismo a sus personajes, figuras elegantes y muy expresivas, organizadas de forma armoniosa que transmiten emoción y belleza.

Su obra cumbre es el *Descendimiento de la Cruz*, un óleo sobre tabla pintado probablemente hacia 1436, por encargo de la cofradía de los ballesteros de Lovaina (por cuyo motivo aparecen cuatro ballestas en las esquinas) para su capilla. El cuadro mide 220 centímetros de alto por 262 de ancho.

Más tarde fue comprado por la reina María de Hungría (quinta hija de Felipe *el Hermoso*, y de Juana *La loca* y casada en 1522 con Luis II rey de Hungría, Bohemia y Croacia), tía de Felipe II a quien se lo dejó en herencia. El rey Felipe II lo destinó al Monasterio de San Lorenzo del Escorial, donde permaneció hasta que, durante la Guerra Civil y por el gran peligro de las batallas en la sierra madrileña, se decidió trasladarlo al Museo del Prado..., y en él se quedó.

Muchas cosas asombran, admiran y sobre todo emocionan en este cuadro. En primer lugar la técnica que logra agrupar en un espacio totalmente cerrado y no muy grande diez figuras de considerable tamaño, cada una perfectamente identificable y todas concentradas en su dolor, enmarcadas como en un gran paréntesis entre las figuras de san Juan y de María Magdalena.

Esta figura de María Magdalena, a la derecha del espectador, corporalmente tan concentrada y sumida en su dolor es una contenida representación del más profundo sentimiento de pérdida y dolor. Como también lo es el desvanecimiento de María, la madre de Jesús, que cae al suelo cuando van a entregarle el cuerpo muerto de su hijo y quedan los dos en paralelo y tan próximos que sus manos casi se tocan. Todo emociona en este cuadro que es un prodigio de sensibilidad ante un gran dolor.

Siempre que visito el Museo del Prado (algo que hago con mucha frecuencia) le hago una admirativa y emocional visita.

IV. LA EMOCIÓN DE LA MÚSICA: CONCIERTOS EN EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

Durante mis años de asistencia a los Simposios de la Universidad María Cristina, uno de los momentos más memorables es el del concierto de órgano en el Coro de la Basílica, una experiencia verdaderamente emocionante e inolvidable de la que he tenido el gran privilegio de disfrutar.

Felipe II encargó al pintor Lucas Cambiaso, nacido en Génova en 1527, (el mismo año en que lo hizo el propio rey), la decoración del Coro de la Basílica ya que, entre otras buenas cualidades como pintor, tenía la habilidad de ser muy rápido e incluso de poder pintar con las dos manos a la vez y casi sin necesidad de bocetos previos. Cambiaso inició la pintura en 1583 y en tan solo quince meses la finalizó..., pero tan gran esfuerzo unido a sus problemas sentimentales, minó su salud y le llevó a la muerte en 1585.

Estas pinturas del Coro son casi las únicas que se inauguraron en vida de Felipe II y a toda la composición se la conoce como «La Gloria». En la cabecera vemos la representación de la Santísima Trinidad, luego a la Virgen y a san Juan rodeados de los apóstoles y los evangelistas...y, bajo ellos, en ordenadas filas (ocho que es número simbólico de la iconografía cristiana) profetas, pontífices, reyes, santos, mártires y numerosos ángeles sobre todo músicos y cantores. La quinta fila está «reservada» para las santas mártires y la octava a los Santos Inocentes que juegan con los ángeles. Tanto en estas ocho filas como en las dos hileras verticales que hay a cada lado vemos numerosas figuras de ángeles con gran variedad de instrumentos musicales, que demuestra la gran importancia que se concedía a la música como vehículo de las alabanzas a Dios.

Y es un verdadero privilegio poder escuchar en este mágico lugar el «Aleluya», que proclama «la resurrección del rey de reyes y del amo de amos», del oratorio «El Mesías» una de las más famosas obras musicales religiosas compuesta en 1741 por el compositor Georg Friedrich Händel y el letrista Charles Jennens.

Desde su estreno a mediados del siglo XVIII, «El Mesías» se ha convertido en una de las obras musicales más interpretadas de la historia, y ha recorrido el mundo.

Personalmente, recuerdo como uno de los momentos más emocionantes conseguidos por la música, una Semana Santa en el Escorial donde la Basílica entera se inundó con su vibrante dolor y con la inmensa alegría del Aleluya.

También en Madrid y en el Auditorio Nacional de Música, todas las vísperas de Navidad los músicos más importantes y un coro con más de 300 participantes nos hacen vibrar de emoción con una de las obras musicales religiosas más impactantes.

Se cuenta que al parecer cuando Händel presentó su oratorio «El Mesías» en el Covent Garden de Londres, el 23 de marzo de 1743, el rey Jorge II, que estaba presente, al iniciarse el «Aleluya» se puso en pie..., y con él todo el público del teatro, pues el estricto protocolo marcaba que cuando el rey se levantaba nadie podía seguir sentado. Desde entonces y siempre que «El Mesías» es interpretado en Londres, todo el teatro se pone en pie en ese momento.

Para comprender mejor «El Mesías», hay que conocer las circunstancias en las que Händel lo compuso. El músico nació en la ciudad alemana de Halle en 1685, y tras la muerte de su padre, empezó a viajar para intentar buscar un modo de destacar en su gran afición musical. A los 25 años consiguió estar al frente de un equipo de música de cámara que fue bien valorado, así que cuando el rey Jorge II iba a ser coronado le encargó que compusiera varios himnos para su coronación, himnos que hoy día se siguen interpretando en la abadía de Westminster en ocasiones solemnes.

Pero años después, en 1740 cuando Händel contaba ya 55 años cayó en desgracia y tuvo que dejar Londres y marchar a Dublín para ganarse la vida dando conciertos en instituciones benéficas.

Fue allí en la capital irlandesa, y muy enfermo, donde consiguió escribir en apenas 24 días «El Mesías» cuyo segundo acto termina de forma triunfante con el «Aleluya» que proclama «la resurrección del rey de reyes y del amo de amos».

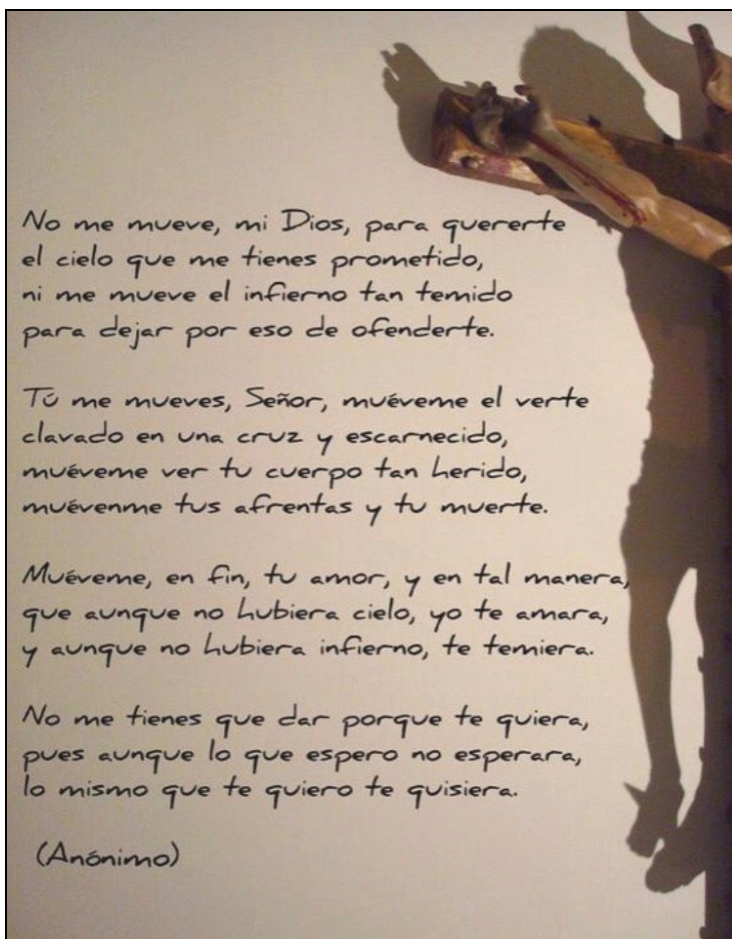
La historia de cómo Händel escribió su obra más importante en menos de un mes, está recogida en el libro *Momentos estelares de la humanidad*, del escritor alemán Stefan Zweig, que recuerda cómo el músico sufrió una apoplejía antes de escribir la obra, e identifica a «El Mesías» como la forma que tuvo Händel de curarse de sus dolencias.

El 13 de abril de 1742, en el Great Music Hall de Dublín (ya desaparecido) «El Mesías» se oyó por primera vez en la historia. El estreno fue un total éxito. Händel emocionado por tan cálida acogida anunció que nunca cobraría dinero por la representación, y que todos los derechos de autor de «El Mesías» irían a parar a tres instituciones benéficas con las que había tenido bastante relación durante su estancia en Irlanda: una cárcel y dos centros hospitalarios. Händel permanecería varios meses más en Dublín, antes de regresar a Londres, donde estrenaría «El Mesías» un año después con el mismo éxito.

A su muerte y por una orden real se le concedió un funeral de Estado y fue enterrado en la abadía de Westminster en un área conocida como «el rincón de los poetas» donde entre otros también está enterrado Rudyard Kipling. En la escultura de su monumento funerario se le representa escribiendo la partitura del «El Mesías».

V. LA EMOCIÓN EN LA POESÍA

La palabra escrita también es capaz de transmitir la emoción, porque una lectura puede mover el alma. Transmitir y transformar. Por eso como colofón final aportó el Soneto a Cristo crucificado o titulado también como su primer verso *No me mueve, mi Dios, para quererte...*



Este soneto anónimo, esta bella poesía mística de autoría desconocida y escrita en España a finales del siglo XVI, fue publicado por primera vez en 1628 y don Marcelino Menéndez Pelayo la incluyó en su antología de las *Cien mejores poesías líricas castellanas*, en 1910.

Dicen voces autorizadas «que nunca el amor a Cristo crucificado había alcanzando tal grado de pureza e intensidad en la sensibilidad de la expresión poética».

Lo que me conmueve al leerlo no es solo su lirismo, su ritmo pausado, la pasión descrita, sino también esa sensación de amar sin esperar nada. Al autor no le importa si existe el cielo o el infierno para querer con intensidad al Cristo crucificado y exaltar así su sacrificio por todos nosotros.



El Cristo del Desamparo (Parroquia de San José de Madrid)



“Descendimiento de la Cruz” (Roger van der Weyden).



Órgano del Coro de la Basílica de San Lorenzo de El Escorial.

